

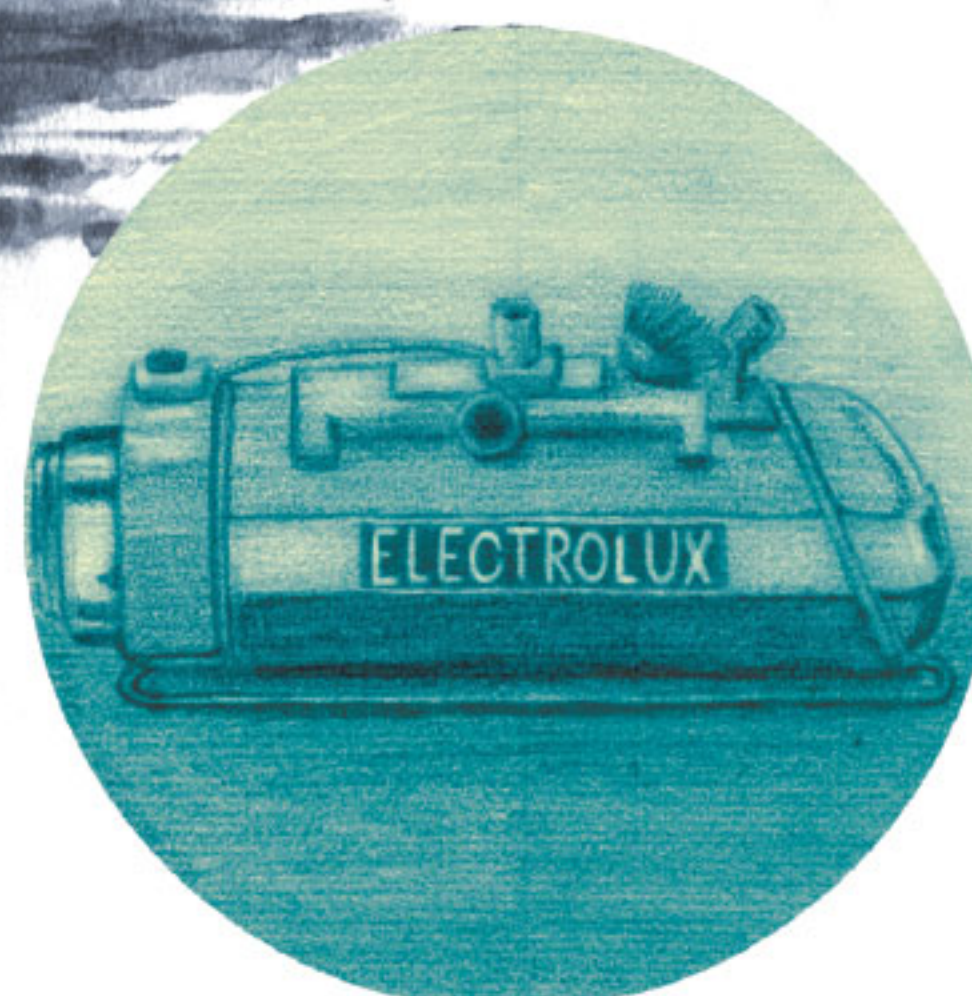


Ota Pavel

CARPAS PARA LA WEHRMACHT

Epílogo de Mariusz Szczygiel

Traducción de Kepa Uharte



Ota Pavel
Carpas para la Wehrmacht

Epílogo de Mariusz Szczygiel

Traducción de Kepa Uharte



sajalín editores

A mi madre, que estaba casada con mi padre.

Lo más caro de Europa Central

Mi madre, antes de la guerra, soñaba con ir a Italia. Más que ver las esculturas de Miguel Ángel o los cuadros de Leonardo da Vinci, lo que quería era darse un chapuzón en un mar caliente. Porque mamá venía de Dřívň, junto a Kladno, donde no había más que un mísero estanque de patos recubierto por un espeso verdín, así que de pequeña no tuvo muchas oportunidades de bañarse. Cada primavera le preguntaba a mi padre:

—Leo, querido, ¿iremos este año?

Mi padre respondía que justo ese año no teníamos suficiente dinero y argumentaba que, en su opinión, era mucho mejor el río Berounka a su paso por Křivoklát. Él tenía preocupaciones muy distintas. Sus intereses prioritarios eran los negocios y los peces. En ambos destacaba de una manera increíble, aunque anteponía los peces, lo cual constituía un eterno perjuicio para nuestra familia y también para la compañía sueca Electrolux, donde hacía de viajante de comercio de neveras y aspiradoras. Muchas veces, en mitad de un viaje de trabajo, se esfumaba y lo encontraban en el Berounka con su mejor amigo, el barquero Karel Prošek, pescando lucios con percas.

Su amor por los peces culminó con la decisión de comprar para la familia un estanque con carpas. No solo tendríamos

nuestras propias carpas, sino que además, con el vaciamiento, ganaríamos mucho dinero. Mi madre veía toda la empresa con escepticismo, y advirtió a mi padre que no se aventurara, que no era su ramo. Pero no protestó demasiado —mi padre en tales ocasiones gritaba que daba gusto—, y solo al final puntualizó que con ese dinero tal vez podíamos ir a Italia. Mi padre no se dignó a contestar, se limitó a lanzarle una mirada de desaprobación. Estaba convencido de que entendía de negocios más que mi madre y todos sus parientes cristianos juntos. En esa mirada se encerraba la milenaria sabiduría de sus antepasados, así como el hecho indiscutible de que, con el dinero que darían las carpas, podríamos ir a Italia nosotros y todos nuestros parientes. He de añadir que esto era lo que más temía mi madre.

Mi padre buscó el estanque. El estanque de sus sueños estaría rodeado de sauces inclinados, tendría algún nenúfar en forma de corazón y con el cáliz amarillo, y en sus aguas, iluminadas por los rayos de sol, nadarían las carpas, grandes como becerros. Mi padre volaba tras esta imagen como una abeja en busca de polen. Cruzó media Bohemia, pero no encontró a la venta ninguno con estas características.

Fue estando en Kročehlavy cuando vino a verlo un conocido, el doctor Václavík, un tipo grande y fuerte, con bigote. El doctor le dijo a mi padre, que por entonces usaba, a saber por qué, el título de inspector:

—Inspector, ¿quiere comprar mis peces?

Mi padre tuvo un sobresalto.

—¿Cuánto costaría, doctor?

—Diez mil —respondió el doctor—. Le traeré la factura para que vea cuánto di hace años por las carpas pequeñas. Por supuesto, desde entonces han crecido notablemente. Ya lo verá.

—Le creo, doctor.

—Venga, le enseñaré cómo son esas carpas.

De camino al estanque, mi padre tuvo el presentimiento de que lo había encontrado. Era la misma corazonada, infalible, que le decía de antemano dónde vendería una nevera, dónde una aspiradora, y dónde sería inútil llamar al timbre o golpear la puerta. Igual que olía desde lejos un buen negocio, esta vez supo que había dado con el estanque de sus sueños, donde nadaban orondas carpas.

Se detuvieron en el dique y el doctor Václavík dejó que mi padre se deleitara con la vista. Era un pequeño estanque rectangular rodeado por sauces de un verde claro que bañaban sus ramas en el agua tranquila. En la superficie flotaba algún que otro nenúfar de flores amarillas. Mi padre lanzó un suspiro y su amigo, el doctor Václavík, profirió enérgicamente:

—Y ahora, las carpas.

Se sacó un panecillo del bolsillo. Lo partió y lanzó la mitad al agua. El doctor sonreía mientras mi padre no le quitaba ojo al panecillo. De repente, se abrió la superficie del agua, apareció un cuerpo grande y amarillo y un hocico gigante hizo ¡ñam! El panecillo desapareció.

—Jesús, este pesa al menos cinco kilos —gimió mi padre.

—Seis —dijo con solemnidad el doctor.

Con eso quedó todo dicho. Mi padre fue a casa a buscar todos nuestros ahorros, y mi madre tuvo que consolarse con la idea de que tendríamos un estanque con nuestras propias carpas. El estanque tenía una sola desventaja: estaba lejos de Praga.

Desde ese día, sin embargo, a mi padre a menudo se le veía radiante y mi madre decía que ya estaba otra vez pensando en las carpas de Kročehlavy. Siempre fue comprensiva con las debilidades

de mi padre, así que también aceptó participar en las interminables conversaciones sobre cómo debían de estar creciendo las carpas. Mi padre se frotaba las manos y le decía a mi madre:

—Hermínka, vamos a amasar un patrimonio con ellas, un patrimonio.

Yo no sabía lo que era un patrimonio, pero debía de ser algo hermoso y grande, porque mi padre sonreía beatíficamente y acariciaba las manos de mi madre.

Se acercaba el otoño y, con él, el vaciamiento de nuestro primer estanque. La familia, sobre todo mi padre, se preparó para ese día como para una gran fiesta. Papá pidió el día libre en su empresa, Electrolux; el director preguntó: «¿Otra vez los peces? ¿Otra vez los peces? Esto le va a llevar a la ruina, inspector». Mi madre adquirió especialmente para la ocasión un favorecedor abrigo de paño inglés e invitó a sus cuñados obreros, los forzudos Karel Kopřiva y Karel Hruža, a los que se asignó una tarea concreta: estarían en el dique vigilando que nadie robara las carpas. Fueron al estanque con sus respectivas familias. Mi padre contrató para el vaciamiento a un pescador de profesión, el señor Stehlík, de Smíchov, que vino con ocho hombres, vestidos con trajes de goma de pies a cabeza. El señor Stehlík, una persona fuerte, mayor y experimentada, era amante del orden y, por ello, lo que tuvo lugar en el dique del idílico estanque con sauces y nenúfares fue lo más parecido a una campaña militar contra un enemigo desconocido. En el dique había dos camiones de la marca Praga con bombonas de oxígeno y cisternas para el traslado de las carpas. Los hombres de goma se movían en silencio, extendiendo las redes.

Mientras dragaban el estanque, mi padre, anticipando beneficios considerables por la venta de las carpas, que había prometido a la casa Vaňha, agasajaba a los invitados.

Como aperitivo, salchichas calientes y panecillos. Y dos cajas de cerveza.

Para el almuerzo fuimos al restaurante de Nejedlý. Con otra cerveza más, subió el humor. Mi padre no bebió nada, él nunca había sido de beber.

A las tres de la tarde, en el dique había ya cientos de espectadores y en el estanque quedaba solo un poco de agua.

El señor Stehlík dio la orden de ataque. Un pescador sopló una trompeta dorada y empezaron a tirar. La red se curvó hasta formar un gran arco y los corchos se movieron como patos por la superficie. El señor Stehlík daba órdenes, y las figuras de goma, que parecían títeres con sus hilos, movían los brazos de vez en cuando. La tensión del auditorio subía a medida que se aproximaba el desenlace.

El espacio para las carpas había quedado reducido a un círculo minúsculo. En la superficie ya deberían haberse mostrado la agitación y el borboteo de los peces, pero no había nada. Mi padre, que conocía este fenómeno, se puso pálido y en su frente aparecieron gotas de sudor.

Los pescadores redujeron el círculo hasta que los corchos se juntaron. A todas luces, en la red no había nada. Eso sí: algo se agitaba en la misma orilla entre el fango y el agua. El señor Stehlík lo recogió hábilmente con un salabre y lo levantó hacia el cielo. ¡Una carpa! ¡Y qué carpa! Mi padre reconoció la carpa, soltó un gemido y el dique estalló en una inmensa carcajada. Esa vez se rieron todos, excepto mis padres.

Mi madre tuvo que sobrellevar la vergüenza de una manera especialmente difícil, pues aunque había vivido mucho tiempo en Dřív, Kročehlavy era su lugar de nacimiento. Nos abrazó con fuerza y susurró:

—Pobres hijos míos. ¡Si supierais el padre que tenéis!

Mi padre mientras tanto bajó corriendo al estanque, se acercó al pez, que jadeaba buscando aire, y lo examinó como si fuera la primera vez en su vida que veía una carpa. El doctor Václavík no había mentido, la carpa pesaba mucho más de seis kilos; desde que mi padre había comprado el estanque, había engordado considerablemente.

Mi padre se dirigió a la villa del doctor Václavík, decidido a liquidar todo el asunto a la manera del boxeador František Nekolný.

Le abrió la criada:

—El doctor y la señora se han ido de vacaciones a Italia.

—Se han ido con mi dinero. ¡Y a Italia!

Para cenar, ese día comimos carpa. Mi madre, naturalmente, no le dirigió la palabra a mi padre y solo cuando él anunció, fanfarrón: «Si la hemos pagado, niños, también nos la comemos», añadió bastante furiosa que aquella, incluso para el señor Rothschild, correligionario de mi padre, sería una cena cara. Por supuesto, tenía razón. Probablemente era la carpa más cara no solo de Checoslovaquia sino de toda Europa Central. Incluidos los gastos del vaciamiento del estanque, a mi padre le salió por once mil quinientas coronas, y con ese dinero —según advirtió mi madre como colofón de la cena— podríamos haber comido salmones vivos traídos directamente del Canadá.

A mi padre al fin se le pasó el berrinche y no fue en busca del señor Václavík para retarlo a un combate de boxeo.

Pasaron los años, durante los cuales mi padre vendió neveras y aspiradoras y fue de pesca al Berounka. En una ocasión, estaba sentado en su oficina de la calle Konvikt cuando alguien llamó a la puerta. «¡Pase!», dijo mi padre, y entró el doctor Václavík.

Mi padre se puso colorado de inmediato y quiso empezar a tortazo limpio, pero se tranquilizó. Se fijó en que el hombre ya no llevaba bigote. El doctor farfulló:

—Inspector, inspector, ¿cómo está? Hace tanto tiempo que no nos vemos.

Mi padre quiso responder que estaba fenomenal porque seguía comiendo las carpas que el doctor le había vendido, pero no lo hizo. Algo le dijo que esperara, que todo estaba por venir. El doctor Václavík explicó que su mujer quería una nevera.

—He venido a verlo, inspector, porque sé que nos dará el mejor consejo. Somos paisanos.

Y le sonrió.

—Por supuesto, doctor, es mi ramo —dijo raudo mi padre, y le soltó al doctor—: Le aconsejo el modelo GV, sistema Platr-Munters, con una placa de mármol encima. El precio es de diez mil trescientas cincuenta coronas.

El doctor Václavík no tenía ni la más remota idea de qué era el sistema Platr-Munters, pero asintió entusiasmado. Mi padre le enseñó la nevera y el doctor quedó extremadamente satisfecho. Lo que más le agradó fue la placa de mármol encima. Mi padre luego lo llevó a la oficina, le ofreció coñac, se lo pasaron de maravilla. El doctor Václavík le refirió quién se había separado y quién se había casado, quién había nacido y quién había muerto en Kročehlavý; mi padre le contó chistes judíos sobre el señor Kohn y el señor Abeles. Cuando al doctor ya se le había subido el coñac, mi padre le prometió que la empresa misma le llevaría la nevera a Kročehlavý en tres días, pero que debía pagarla enseguida. El doctor replicó que no llevaba encima tanto dinero, pero que iría al banco. Volvió una hora más tarde, pagó la nevera y mi padre le dio el comprobante.

Tras marcharse el doctor, mi padre llamó al encargado del almacén, Škvora:

—¿Tienes alguna nevera vieja desechada?

Mi padre hizo que el barnizador Kučera la esmaltara y ordenó que le sacaran todo el interior, de modo que la nevera se convirtió en una caja vacía. Hizo poner un envoltorio nuevo y las etiquetas MADE IN SWEDEN, mientras pensaba con lástima en el estanque de Kročehlavý, que también resultaba tan bello a la vista, rodeado de sauces y cubierto de nenúfares amarillos. Para que el doctor Václavík no sufriera tan cruelmente, mi padre mandó embalar junto con la caja la placa de mármol que tanto le había gustado.

Enviaron la nevera a Kročehlavý.

El doctor Václavík hizo venir desde Libušín al instalador, Beznoska, para que enchufara la máquina. Por lo visto, este huyó gritando despavorido que no quería tener nada que ver con el asunto.

El doctor Václavík llamó inmediatamente a mi padre y gritó:

—Inspector, la nevera no tiene nada dentro. Me ha enviado una caja. ¡Ya tengo una conejera! ¡No necesito otra!

—Vaya, doctor, no hay nada que se le pueda hacer —contestó mi padre—. Es como lo del estanque. Tampoco tenía nada dentro, pero era precioso.

Y colgó el auricular.

El doctor Václavík no fue a Praga a ajustar las cuentas con mi padre al estilo boxeador, ni lo denunció. Pero los Václavík debieron de pasar una noche realmente triste, como nosotros tras el vaciamiento del estanque. El doctor Václavík había comprado la conejera más cara no solo de Bohemia, sino también de toda Europa Central.